



SU SANTIDAD PIO IX.

PIO IX.

HISTORIA DOCUMENTADA DE SU VIDA

Y DE LOS VEINTE Y CINCO PRIMEROS AÑOS DE SU GLORIOSO PONTIFICADO.

CAPÍTULO XXXV.

GESTIONES DE LA FRANCIA PARA EL INMEDIATO REGRESO DE
PIO IX Á ROMA. — CARTA DE LUIS BONAPARTE AL CORONEL NEY. — COMPLICACIONES.

EL exclusivismo de Francia en la lucha contra los revolucionarios suscitó desde un principio profundos recelos en los hombres pensadores. Lo regular, lo natural, lo lógico, era que, puesto que se trataba de una causa puramente católica, fuese mancomun la acción de las potencias católicas para defenderla. Austria y España, según se ha visto antes, así lo pretendían; ¿por qué se opuso á ello la Francia? El pundonor militar, herido por la ineficacia del prematuro asalto dado por la vanguardia del ejército expedicionario á los muros de la Ciudad insurrecta, era nada más que un pretexto cómodo. Cualquiera que hubiese sido la importancia de esta consideración, tenía sobre sí la fuerza moral que diera al ataque una coalición íntima y compacta de varias naciones. El asunto se hubiese simplificado, y evitaríanse sin duda las complicaciones que la gestión diplomática de Lesseps hizo surgir en perjuicio de la rapidez del triunfo.

Más la Francia era llevada á Roma por miras políticas de diversa índole; el carácter de su Gobierno se reflejaba en la política de la diplomacia. Una república debía ciertas atenciones á otra república; y así la cuestión planteada el día de la victoria no podía menos de ser en extremo complicada.

Los agentes franceses habían contraído compromisos de respetar ciertos principios por los revolucionarios planteados, apresurándose á definir los límites de la misión que les llevara á combatir la obra de la anarquía.

Pío IX, que había demostrado un ánimo valeroso é inflexible ante los que pretendían imponerle las ideas y la política de determinadas agrupaciones

romanas, no quiso someterse á la voluntad y al sistema impuesto por una nacion extranjera, por mas que fuese tan grande y gloriosa como la Francia.

Puesto que las luchas se habian trabado y sostenido en nombre de la soberanía pontificia, queria Su Santidad que comprendiera Roma y el mundo que se hallaba resuelto á no prestar vasallaje á nadie; que él y solo él era el verdadero soberano de sus Estados. No se creia con derecho Pio IX á prolongar su gratitud hasta á la abdicacion de su dignidad. Habia salido de Roma porque no le era dado ser en ella soberano, y no queria regresar á ella sin las debidas garantías de encontrar expedito el círculo de su dominacion.

Tambien en esto Pio IX demostró su grandeza.

Cuando el general Oudinot, duque de Reggio, hubo asegurado el orden en la ciudad, y echadas las bases de su reorganizacion civil y económica, partió para Gaeta, á fin de suplicar al Padre Santo que resolviera poner el término ansiado á la orfandad de la mísera Roma.

Suponerse puede la amabilidad, el cordial agasajo con que fue recibido en la corte pontificia el libertador del pueblo romano. El Papa expansionó ante él su corazon tan bueno, tan espléndido en sentimientos nobles, hasta el punto de conmoverle, y arrancar de sus varoniles ojos algunas lágrimas de filial ternura.

El duque de Reggio explanó detenidamente el objetivo político de su mision en una larga conferencia con el cardenal Antonelli, que ya desempeñaba con admirable tacto la Secretaría de Estado. Por consejo de este redactó el Duque una nota importante, en la que se comprendian las razones, indudablemente poderosas, en que apoyaba su deseo del regreso del Papa.

Hé ahí lo contenido en aquel documento histórico:

«El regreso de Su Santidad á Roma es la cuestión que comprende y domina todas las demás; las calamidades morales y materiales que afligen á los Estados pontificios son grandes, y reclaman remedios tan pronto como enérgicos, siendo la distancia que separa Roma de Gaeta un obstáculo que entorpece y paraliza la accion del Gobierno.

«La presencia de Su Santidad en medio de sus súbditos seria un irrecusable testimonio de conciliacion y de olvido de lo pasado.

«Cuando el Sumo Pontífice se encargue de resolver directamente las dificultades, perderán estas gran parte de su complicacion y de su gravedad; los negocios serán entonces mas fácilmente estudiados y centralizados, y las resoluciones serán mas prontas y mas homogéneas.

«Preciso es reconocer que los diferentes ramos del servicio carecen en el día de conjunto y de unidad, de lo que resulta un desacuerdo inevitable; y toda dilacion en la vuelta del Santo Padre á Roma, no puede hacer mas que aumentar la incertidumbre de la Francia, mientras que la prolongacion de las miserias públicas alentará á las facciones dándoles nuevas armas contra el poder temporal del Papa.

«El Gobierno pontificio, dirán, ha caducado ya, y ni siquiera tiene fe en su porvenir, pues, aun con la cooperacion de las potencias católicas, se reconoce impotente para llevar á cabo la obra de su organizacion.

«Tambien debe temerse que la calumnia trate de acreditar la voz de que Su Santidad vacila ante peligros imaginarios, y de que no alimenta hácia sus súbditos la reciprocidad de afecto, manantial de felicidad así para el soberano como para el pueblo.

«Sin embargo, suceda lo que suceda, el ejército francés hará siempre y en todas partes su deber; permanecerá fiel á los hábitos de orden, de disciplina y de adhesion que le distinguen; mas téngase en cuenta que si los soldados de que aquel se compone deben reprimir solo desórdenes interiores, si la solitud del Sumo Pontífice se ejerce con lentitud y en un porvenir lejano, la opinion de la Francia no verá con ojos favorables la expedicion francesa en Roma.

«¿Qué hará entonces el Gobierno francés? Lo ignoro. Sin embargo, es un hecho incontestable, y mi deber es ponerlo de manifiesto, que el regreso de Su Santidad á Roma es imperiosamente reclamado por el interés público. Á nuestro modo de ver, no hay en él peligro alguno, al pasó que seria funesta toda dilacion.

«Movido por semejante conviccion, el infrascrito General en jefe expresa muy respetuosamente su deseo de que Su Santidad se digne honrar lo mas pronto posible á la ciudad de Roma con su presencia, tan ardiente como justamente deseada.»

Brilla en la anterior nota el sentimiento de profunda veneracion que el guerrero victorioso profesaba al representante augusto de JESUCRISTO en la tierra; complace observar el diferente estilo con que le hace resplandecer la importancia y la influencia de la sombra papal en los ánimos para tranquilizarlos, en el pueblo para sosegarle. Escribiendo á Pio IX en aquella forma y en aquel estilo conquistó el duque de Reggio un laurel no menos frondoso que el que le proporcionó la victoria de sus armas.

¡Qué dicha hubiera sido para el Papa poder decir al General: «¡Vamos!»

Empero uno de los caracteres distintivos de la diplomacia pontificia es la madurez en el exámen y el aplomo en las decisiones.

Nueva prueba de ello es la contestacion dada por Su Santidad á la nota leida:

«¿Cómo quereis, dijo, que olvide el carácter altamente moral de mi poder para comprometerme á secundar vuestros deseos, cuando tantas cuestiones secundarias no están todavía resueltas, y cuando una gran potencia me viene con exigencias que no son ya para nadie un misterio? ¿Debo sufrir siquiera en apariencia una fuerza que se declare árbitra de mi conducta? Es preciso que mis actos buenos y generosos sean recibidos como espontáneos. ¿No conoceis mis inclinaciones? ¿no os inspiran confianza mis tendencias? ¿No he llevado hasta al sacrificio las pruebas de abnegacion y de amor á mi pueblo? Nada han cambiado en mí la ingratitude y las privaciones del destierro, ni las angustias del infortunio.

«Creedme; en este momento no abrigo sino un deseo; una sola plegaria dirijo á Dios, y es que obtenga la prosperidad de la Religion, la tranquilidad y la paz de todos los pueblos, y particularmente del que la Providencia ha puesto bajo mi manto.

«Á pesar de todo, pienso volver dentro de pocos días á mis Estados, pasando algun tiempo en Castel-Gandolfo en medio del ejército francés.»

¿Era excesiva timidez de Pio IX el resistirse á volar pronta y decididamente hácia Roma? ¿Era quizá un sentimiento exagerado de dignidad el que le obligaba á plantear una cuestion espinosa, exigiendo que se resolviera antes de decidirse á regresar á la capital de sus Estados?

Por desgracia existe un documento histórico que confirma admirablemente

la prudencia de Pio IX en su resolucion de no precipitar la hora del regreso á Roma; de esperar que estuviera á la vez despejada y solidada la situacion romana; aludimos á la carta del presidente de la república á Ney.

Graves son las apreciaciones que encierra aquel escrito. Léase y júzguese.

«Querido Edgardo: La república francesa no ha enviado á Roma su ejército para aniquilar la libertad italiana, sino para encauzarla, preservándola de sus propios excesos, para darle una base sólida, sentando de nuevo en el trono pontificio al príncipe que fue el primero en colocarse con resolucion al frente de todas las reformas útiles.

«He sabido con pena que las intenciones benévolas de Su Santidad, lo mismo que nuestra propia accion, permanecen estériles ante pasiones é influencias hostiles, las que pretenden que sean base del regreso del Papa la proscripcion y la tiranía; decid de mi parte al general Rostolan que no debe permitir que á la sombra de la bandera tricolor se cometa acto alguno susceptible de desnaturalizar nuestra intervencion.

«Al reasumir el poder temporal del Papa, lo hago de este modo: *Amnistía general, secularizacion de la administracion, Código de Napoleon y Gobierno liberal.*

«La lectura de la proclama dada por los tres cardenales me ha afectado penosamente, viendo que no se hacia mencion del nombre de la Francia ni de los sufrimientos de nuestros valientes soldados. Todo insulto hecho á nuestra bandera ó á nuestro uniforme me llega al corazon, y os ruego que manifesteis que si la Francia no vende sus servicios, exige al menos que se le agradezcan sus sacrificios y su abnegacion.

«Cuando nuestros ejércitos dieron la vuelta á Europa, dejaron por todas partes como huellas de sus pasos la destruccion de los abusos del feudalismo y los gérmenes de la libertad, y no se dirá que en 1849 un ejército francés ha obrado en otro sentido, ni ha sido causa de diversos resultados.

«Decid al General que dé gracias en mi nombre al ejército por su noble conducta. Con pena he sabido que ni aun materialmente era tratado como debia serlo, y es mi voluntad que no se omita medio alguno para establecer á nuestras tropas de un modo conveniente.

«Recibid, mi querido Edgardo Ney, los afectos de mi sincera amistad. — Luis Napoleon Bonaparte.»

Considerado diplomáticamente el anterior documento, fue una falta solo explicable por la mas triste impremeditacion; preciso era muy poca dignidad en el Papa pensar siquiera que lanzada á la república semejante carta podia Su Santidad dejarla sin formal y eficaz protesta.

Jamás en la historia tremenda de las intrusiones mútuas de los imperios se vió tan cínica intimacion.

La definicion del gobierno temporal que Luis Bonaparte se manifestaba dispuesto á tolerar es la sancion de las pretensiones de Galletti y Sterbini en víspera de la fuga del Papa.

La carta á Edgardo Ney establecia, pues, una verdadera contradiccion entre la política y la expedicion militar francesas.

Naturalmente, al comparar la carta á Ney con el lenguaje de las tumultuosas manifestaciones de los romanos, al ver su consonancia y su identidad, uno se pregunta: pues si el programa de la revolucion es el de la Francia, ¿por qué la Francia combatió á la revolucion?

El general Rostolan, á quien Ney comunicó esta carta y manifestó su propósito de publicarla, midió de un solo golpe las dificultades que iba á crear; reconoció que en ella se confirmaban todos los temores que el Papa abrigaba de que iba á faltarle la independencia de su accion y el brillo de su soberanía; temió que al ser conocido aquel inesperado documento se destruirian todos los trabajos que el duque de Reggio venia practicando para facilitar el regreso de Pio IX á Roma; y en vista de todo lo que se manifestó resueltamente decidido á que la carta del Presidente de la república quedara sin publicidad.

Sin embargo, el coronel Ney enseñó la célebre carta á todo el que se le acercaba; permitió se sacaran de ella numerosas copias, y de mano á mano iban pasando los manuscritos de aquella especie de certificacion de disidencia entre la república francesa y el pontificado romano.

El efecto que produjo la noticia de la carta de Ney en Gaeta fue el de la mas viva impresion de disgusto.

Pio IX ya no se consideraba libertado.

«Hemos cambiado de yugo, nada mas,» dijo á un eminente político que conferenció con él sobre el asunto; «sin embargo, yo no transijo.»

Mr. de Courcelles, embajador de Francia en Roma, y Mr. de Rayneval, su auxiliar, dieron conocimiento al Gabinete de París de los insuperables embrazos que les suscitaba la cuestion Ney, de la inflexibilidad del Pontífice, de la sorpresa de los políticos que le rodeaban, y del disgusto que habia producido en los representantes de las demás potencias católicas.

En efecto, autorizados cronistas de los sucesos de aquellos dias consignan que el Papa habia exclamado: «¡Antes me lanzaré en brazos del Austria, antes buscaré un refugio en América, que sujetarme á las exigencias formuladas en esta carta.»

Profunda mella hicieron en el Gabinete de la república francesa, los despachos de sus representantes, pues se apresuraron á declarar que la carta en cuestion no era obra del Ministerio, sino expresion irreflexiva de opiniones personales.

Sin embargo, es preciso convenir que Luis Bonaparte, no solo inspiró en su juicio particular su correspondencia á Ney, sino que se movía á la accion de la atmósfera revolucionaria producida por el criterio de algunas figuras eminentes que descollaban en la historia de la república que presidia.

Por desgracia no eran solo teóricas las pretensiones del Presidente.

El llamamiento del duque de Reggio á Francia, aunque encubierto con especiosos pretextos, indicaba que no se queria robustecer la íntegra autoridad que podia llevar á cabo la restauracion pontifical.

El general Oudinot, llamado á París cuando tanto le quedaba que hacer en Roma, gozaba de las simpatías de todos los amantes del orden, brillando sobre el pedestal de una reputacion sin mancilla.

Muchas esperanzas se fijaban en su hombría de bien, en su inteligencia, en su religiosidad, en su carácter inflexible, en las prendas que á la causa pontificia habia prodigado.

Pues bien, el hombre que así se habia hecho necesario para el desenlace de aquel grande drama fue quitado de la escena.

Hé ahí su lenguaje al despedirse de las tropas expedicionarias:

«Oficiales, subalternos y soldados: Cuatro meses han transcurrido desde que juntos abandonamos la patria.

«La grande y santa causa de la cristiandad en la Italia central reclamaba la intervencion de la Francia.

«Obstáculos de todas clases se oponian á nuestra accion; mas vuestras eminentes dotes militares y el eficaz auxilio de la marina os ha permitido vencerlos.

«Á fuerza de valor y de constancia habeis dado cima á una obra cuyo glorioso recuerdo perpetuará la historia.

«El ejército, sólidamente establecido ahora en Roma y en sus cercanías, verá muy pronto disminuido su efectivo.

«Mi mision ha terminado.

«Entrego el mando en jefe al general de division Rostolan, el cual posee justamente toda vuestra confianza, y creo que jamás se la retiraráis.

«Los ejemplos de orden y de disciplina que dais incesantemente no serán, no, perdidos para la Italia.

«Fieles á vuestro pasado, continuaréis sosteniendo con mano digna y firme la bandera á la que habeis dado un nuevo lustre.

«Al separarme de mis compañeros de armas, siento la necesidad de manifestarles que ni el tiempo ni la distancia podrán jamás debilitar mi celo por sus intereses.

«Llamaré la atencion particular del Gobierno sobre los militares de diferentes grados que han sido propuestos para obtener recompensas que no han recibido todavía, complaciéndome en repetir que todos, así oficiales como soldados, han manifestado el mas acendrado patriotismo en este hermoso país de Italia, donde vuestros antepasados han dejado tan magníficas tradiciones y tan profundas simpatías.»

El Municipio romano no quiso prescindir de dar al libertador de la Ciudad eterna un testimonio extraordinario de gratitud.

Determinó dedicarle una medalla artística con su efigie, que llevara en su reverso escrito un título perpétuo de gloria por haber combatido y vencido á la anarquía respetando las obras monumentales amontonadas por los siglos en la capital del universo.

Determinó que el decreto se fijase en una lápida colocada en el Capitolio encima de su busto en la sala de los grandes capitanes.

Determinó darle á él y á sus descendientes el título de ciudadano romano.

Determinó, en fin, que el dia 23 de agosto se iluminara el Capitolio en su honor, y se le hiciera entrega solemne de aquellos documentos.

En efecto, en el dia y hora correspondientes se descubrió ante el insigne duque de Reggio la lápida cuyo texto latino insertamos en la penúltima página del tomo anterior, cuya traduccion castellana es de este modo:

EN XII DE LAS CALENDAS DE SETIEMBRE
DEL AÑO 1849 DE NUESTRO SEÑOR Y EL IV DEL PONTIFICADO
DE PIO IX.

Reunidos en el palacio del Capitolio los veinte administradores de la ciudad, se habló de Víctor Oudinot, duque de Reggio, el cual venido en calidad de jefe del ejército francés á Italia para restablecer el Gobierno pontificio y la libertad pública, dió cima á la obra con acierto y felicidad por su pericia y el valor de sus soldados, habiendo sabido conquistar el aprecio de sus conciudadanos. En

memoria de lo cual se resolvió acuñar una medalla con la efigie del General para atestiguar los sentimientos del pueblo romano hácia el autor de la paz y hácia el que ha conservado su antiguos monumentos.

El príncipe Odescalchi, senador presidente del Municipio, le dirigió en el acto un discurso concebido en los siguientes términos:

«Ilustre General: La comision del Municipio interino de Roma os ofrece el título en el que se halla escrito el decreto original mandando acuñar una medalla en vuestro honor; el decreto será colocado en el palacio de los conservadores, en la sala de los grandes capitanes, entre los que me limito á citar al célebre Marco Antonio Colonna, honor de Roma y de la Italia entera.

«En efecto, la Municipalidad romana no tenia otro lugar mas á propósito para tributaros este testimonio de gratitud que el recinto que encierra las imágenes colosales de los Escipiones, Marco-Aurelios, Alejandro, Alcibiades, Corbulones y Pompeyos, cuyas altas hazañas son todavía objeto de admiracion y cuyas huellas seguís.

«Roma debe á vos y al valiente ejército francés eminentes servicios; vos la librasteis del peso enorme de los males que la abrumaban; vos la habeis sometido de nuevo al dulce y pacífico gobierno del inmortal Pio IX, nuestro adorado soberano, sirviéndoos de vuestras armas con tanta prudencia, que al haceros dueño de esta ciudad, habeis respetado sus eternos monumentos, y hecho admirar la disciplina de vuestros soldados.

«Sin embargo, las vicisitudes de las cosas humanas introducen siempre la amargura en el seno de los mayores goces, y al regocijarse la Municipalidad de Roma al conferiros hoy en la gloriosa colina del Capitolio un honor que bajo todos conceptos os debe la gratitud de los romanos, turba su alegría la idea de que vais á salir de Roma. Nuestro sentimiento solo puede compararse á los beneficios que os debe la Ciudad eterna, y la esperanza que nos consuela es que, aunque léjos de Roma, no por esto le seréis menos útil, y que en la grande capital de Francia procuraréis hacer estables los frutos que la misma Francia espera de vuestras gloriosas victorias.»

Con acento conmovido y afectada fisonomía contestó el egregio Capitan:

«Señores: Al colocar mi nombre en el Capitolio al lado de nombres inmortalizados por los siglos, me tributais una recompensa de tal modo desproporcionada á mis méritos, que quedaria confundido si tan insigne honor se dirigiese exclusivamente á mi persona.

«Sin embargo, debajo de estas antiguas bóvedas habeis querido glorificar al ejército y á la misma Francia en la persona del General en jefe.

«Acepto, pues, el testimonio de vuestra afectuosa estimacion, y lo acepto en nombre de mis compañeros de armas que deben compartirlo conmigo.

«Durante la campaña, cuyo noble objeto era libertar á Roma, hemos siempre mancomunado nuestros esfuerzos y nuestra energía; tambien hoy, soldados adictos á la misma causa, participamos de un profundo sentimiento de amor hácia el pueblo que habita estas hermosas regiones. Roma, el centro de la civilizacion, no puede ser momentáneamente oprimida sin que se altere el orden social en todas partes, y su independenciam es á la vez la primera condicion y la mas eficaz garantía de la paz del mundo.

«La Ciudad eterna es ya libre; ha recobrado todo su imperio, y la autoridad temporal del Sumo Pontífice no es ya objeto de cuestion para nadie. Tan graves acontecimientos no podian tener lugar sin sacudimientos políticos, los